Juan Rulfo, tantas historias...

Méjico tiene algo de entrañable, pero con jota, para evitar que los dulces mariachis maleducados en la gramática yanqui anden por ahí diciendo: «México, Mexiiii... benditas tus mujeres», o los antipáticos chistes del mejicano macho y las peleas de gallos. Méjico es toda una historia, todo un infinito universo repleto de maravillas y de penumbras, de bellezas y de miserias. Y los escritores han estado y están ahí para contarlo, para dar testimonio de una geografía intrincada y de unos protagonistas abocados a tanta soledad y tanto drama. Uno de esos escritores decía en «El País» el 9-1-85: «Somos voces en un coro que convierte la vida vivida en la vida narrada y la devuelve así a la vida, ya no para reflejarla, sino para darle algo más, no una copia, sino una nueva medida: para añadir, con cada novela, algo nuevo, algo más, a la vida. La vida propia y la vida de todos: no hay aventura narrativa que no sea una aventura personal y aventura colectiva: experiencia y destino de uno y de todos». Era Carlos Fuentes, otro escritor, testigo de la América Hispana (que algunos llaman Latina, porque también existen herencias francesas, italianas y portuguesas, aunque si vamos a eso debería llamarse América Europea, porque también existen reminiscencias y herederos de tradiciones yugoslavas, inglesas, irlandesas, suecas y griegas). Esa América Hispana, porque se habla y se escribe fundamentalmente español, es una sociedad trágica, una sociedad donde todo es posible, desde las grandes riquezas hasta las más anodinas pobrezas, desde las grandes revoluciones hasta las más feroces dictaduras, desde las guerras locas hasta la inanición. Mientras tanto se gastan millones de todo (pesetas, marcos, dólares) en armas y en locomoción, por ejemplo, para arrasar islas (v. b. Granada) o para sepultar estados (Nicaragua). Poca América solidaria. A veces algún gigante bajito (Alfonsín) da una lección de democracia y de tenacidad, pero otras veces primos hermanos de Pinocho siguen ensangrentando tierras y ríos. Y esas cosas hay que contarlas.

Juan Rulfo las cuenta, aunque ciertamente, circunscribiéndose a su país, a Méjico. Historias pocas veces escuchadas, donde no aparecen héroes, sino ciudadanos trágicos de un entorno violento, mejicanos esquilmados por la ruina física y moral, labriegos abatidos por la sequía o ganaderos finiquitados por los odios. Conviene conocer, leer, admirar las historias que Rulfo nos ofrece, porque son ¡tantas historias...!

Rulfo y un hombre del pueblo

Desde siempre el pueblo mejicano ha sido objeto de permanente interés para los buenos amantes de la novela escrita en lengua castellana. No han sido pocos los autores que han sabido ofrecernos imágenes magníficas e inquietantes de ese gran país.

Y tal vez por ser Méjico un lugar del mapa de América del Norte tan ligado a la cultura hispánica en general y al pasado reciente de España en particular, es por lo que los españoles amen con tanta intensidad aquella geografía y aquellas inclemencias, ya que se trata de un país arropado por la realidad tremenda de revoluciones, ignominias y violencias de tal gravedad que habrían hecho posible la destrucción de un estado de no ser por el carácter sufridor y magnífico de los mejicanos, demostrado a través de siglos de turbulencias de la más variada índole.

La nómina de autores que se han ocupado de la sencilla historia de tan gran país y sus gentes sería demasiado amplia, pero aquí hemos de indicar que cada vez que un hombre de letras acomete la tarea de escribir sobre Méjico comienza a empeñarse en desvelar no sólo la personalidad de sus moradores, sino, también y sobre todo, la esperanza de todos aquellos que ven la vida a veces con resignada paciencia o albergan el deseo de permanecer atados a un entorno que, siendo mísero, les parece magnífica patria y destino de sus propias existencias.

En los libros *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* *, Juan Rulfo nos hablará de uno de esos hombres mejicanos en un cuento que lleva el nombre del protagonista: «Macario». Es tan inmensa la sinceridad que se desprende del relato y de tal intensidad la confesión de Macario que nos atrevemos a decir que estamos ante una vida desgarrada y ante una historia perfecta pocas veces igualadas en los escritores mejicanos. Bueno, Macario es un hombre sencillo, acreedor de los mejores afectos y, sin embargo, implicado en esas pequeñas violencias de las vidas humildes y de los entornos recatados, donde cualquier amanecer bello y cualquier habitación aseada se ofrece como un lujo desorbitado. Tanta humildad contrasta con un entorno bullicioso y decadente como es el de la vida rural al sur de Río Grande.

Macario es también una víctima de la soledad y de la ignorancia, a cuyas circunstancias ha de unir las incertidumbres de la existencia, el hambre y la siniestra miseria que se cierne sobre él cuando apaga su cuarto y las cucarachas comienzan a ascender por su cuello. Sin embargo, el calor humilde de su cuarto que le dará cobijo seguro cuando, como dice el propio Macario, «en la calle suceden cosas» y la protección de su madrina son, unidos a la familiaridad casi íntima y desorbitada de Felipa, los únicos pilares que mantienen la existencia de este hombre con inquietudes de muchacho o, tal vez, de este muchacho con amarguras de hombre. Felipa es una criada hacendosa («sólo se está en la cocina arreglando la comida de los tres»), ante quien ve Macario una posibilidad no sólo de realización personal, sino de salvación eterna. Es Felipa quien le demuestra una actitud tierna y benevolente y, además, le permite la satisfacción de comprobar que en el mundo hay alimentos mejores que las flores de obelisco. Así relata Macario su incursión en la carnalidad de la criada. «Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero... La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco. Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida; pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa... Ahora ya hace mucho tiempo que no me da a chupar los bultos ésos que ella tiene donde tenemos solamente las costillas, y de donde le sale, sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina

* JUAN RULFO: *«Pedro Páramo» y «El llano en llamas»*. Editorial Planeta, 1983, 249 págs.

en el almuerzo de los domingos... Felipa iba antes todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se les ajuareaba para que yo pudiera chupar aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua...» Situado al otro lado de una intimidad onerosa, Macario sólo advierte el calor bienhechor de tan magnífico maná: su mundo queda aquí, tal vez libre de los pecados que él cree cometer y que la propia Felipa dice poder redimirle algún día. Frente a esta circunstancia la figura de la madrina se nos aparece con tonos de cierta violencia, ya que dice Macario: «Mi madrina no me deja salir solo a la calle. Cuando me saca a dar la vuelta es para llevarme a la iglesia a oír misa. Allí me acomoda cerquita de ella y me amarra las manos con las barbas de su rebozo. Yo no sé por qué me amarrará mis manos; pero dice que porque dizque luego hago locuras. Un día inventaron que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por no más. Yo no me acuerdo». Ante un entorno tan nefasto no son raros los temores de Macario cuando encerrado en su cuarto apaga la luz y se queda quieto reflexionando que es mejor este silencio al andar por la calle donde, dice «llueven piedras grandes y filosas por todas partes» o es preferible esta soledad a largos padecimientos a la luz del día. «En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados mirando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver dónde se me andan subiendo las cucarachas. Ahora me estoy quietecito. Me acuesto sobre mis costales, y en cuanto siento alguna cucaracha caminar con sus patas rasposas por mi pescuezo le doy un manotazo y la aplasto. Pero no prendo el ocote. No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote prendido buscando todas las cucarachas que se meten por debajo de mi cobija...» La infelicidad se amontona sobre la ignorancia, el universo se reduce a los escarceos con Felipa y al temor a todo lo demás. Aparece así Macario como un ser desvalido y ajeno a cualquier satisfacción personal, su vida es un reducido montón de quimeras, de frío, de inclemencias. Macario es un hombre del pueblo, de ese pueblo sufrido y arruinado por todos los males de la injusticia y la carencia de afectos y apoyos morales, perfecto retrato de tantos y tantos desheredados que ven su vida como una inmensa suerte al saberse protegidos por su propia calamidad.

Aquí la escenografía es una tierra desierta de lirismos y de grandilocuencias, es el barro y la oscuridad. Surgen imágenes de otros mundos, también relatados por escritores hispanoamericanos; pero sobre todo surge un desgarro que ni siquiera conmueve porque es habitual e innumerable. Juan Rulfo nos hace un muestreo de la calamidad, y en ella sitúa a un personaje tan vital y abandonado como el resto de quienes sufren situaciones de hambre y de miseria, a veces desconocidas y absurdas, en este universo de grandes despilfarros y de violentas manifestaciones de lujo y poder.

El relato deja sensación de escalofrío, de impotencia, de crueldad irremediable, de angustia contenida. Nada tan real. Sin embargo, queda un regusto de esa poesía sangrante que surge del dolor y de la amargura, como si Rulfo nos quisiera decir que más allá de la existencia anodina de Macario, podría empezar a construir otro mundo menos ingrato en el cual este hombre del pueblo pudiera codearse con los demás hombres en una, hoy, difícil igualdad.

Anacleto Morones, un santo con escamas

«¡Viejas, hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el mero rayo de sol. Las vi desde lejos como si fuera una recua levantando polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos sobre los que caía en goterones el sudor de su cara». Ante esta llegada Lucas Lucatero trata de esconderse. Las beatas tratan de obtener de Lucas un testimonio de primera mano a fin de lograr la santidad oficial del fallecido Anacleto Morones, más conocido entre las viejas como Niño Anacleto, y que fue yerno de Lucatero, amén de haber hecho de las suyas entre la pléyade de beatas que aparecen en la procesión. Ya parece dicho todo sobre el relato, pero hay algo más.

Hay, por ejemplo, un inframundo de misticismo irreal y absurdo a través del cual vamos conociendo el alma de un pueblo humillado, para el cual un asidero como el pretendidamente celestial que les brinda Anacleto es la única posibilidad de subsistir en medio de las miserias, el frío y la soledad. Es así como se propicia esa cruzada en pos de razones para patentizar la beatitud de su héroe, nacido al calor de la violencia que engendra la pobreza y el desamparo. «Queremos que nos acompañes en nuestros ruegos. Hemos abierto, todas las congregantes del Niño Anacleto, un novenario de rogaciones para pedir que nos lo canonicen. Tú eres su yerno y te necesitamos para que sirvas de testimonio. El señor cura nos encomendó le lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famoso por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar mejor que ninguno las obras de misericordia que hizo. Por eso te necesitamos, para que nos acompañes en esta campaña». El que Lucas Lucatero reniegue de esta posibilidad de testimoniar para tan bondadoso logro tiene amplias connotaciones terrenas. En primer lugar, la hija del presunto santo no era un modelo de virtudes. «La corrí. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas; le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe andar por esos rumbos, desfajando pantalones». Como segundo dato no hay más que remitirse a las propias confesiones de las beatas. «Sólo sus milagrosas manos me arroparon en esa hora en que se siente la llegada del frío. Y le di gracias por el calor de su cuerpo; pero nada más». La índole milagrera de Anacleto queda también reflejada en uno de los comentarios de las beatas. De todo ello se concluye lo poco fiable de tal santidad y las características apócrifas de tan conspicuo personaje, pese a lo cual aún encontró en esa gente del pueblo avalistas a su ministerio, tal vez porque determinadas circunstancias impulsan a la sobrenaturalidad en un entorno vacío de otras bondades. Sólo Lucatero sabe resistir este impulso místico, oponiendo a las pretendidas virtudes del santón todo el cúmulo de negatividades que él y su hija aportaron a la existencia propia y de los demás. «A él le gustaban tiernas; que se les quebraran los güesitos; oír que tronaran como si fueran cáscaras de cacahuete». Por eso huye de la testificación, por eso y por algo más que luego veremos, para lograr una autorizada santidad para Morones, aunque se sigan aperturando testimonios que podrían contradecir la opinión de Lucas en favor del santo. «Yo soy huérfana y él me

alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi padre y a mi madre en él. Se pasó la noche acariciándome para que se me bajara la pena».

Nuevamente en este relato se pone de manifiesto el perfecto conocimiento de Juan Rulfo en torno a las gentes del pueblo, las sencillas gentes iluminadas por el hambre y la soledad y ensalzadas por fines místicos pocas veces racionalizados. Aparece como una desazón colectiva por implicar al conjunto de habitantes de ese mundo rural y angustiado en empresas de mayor valía que las propias, dato muy propio de pueblos abandonados a su propio destino. Como si más allá de tal cúmulo de desgracias (el frío, la soledad, los abandonos) pudiera surgir el iluminado que confortara, al menos espiritualmente, aunque a veces más que de esta manera, a todo un conjunto de miserables. Rulfo hace aquí una descripción casi maravillosa del personaje de Lucas Lucatero y de las anónimas beatas, como si de una obra dramática se tratara; el protagonista queda en «off» y es, sin embargo, el impulsor de toda la acción, de toda la violencia soterrada que es capaz de renacer al otro lado de aquella puntual enemistad entre la virtud y el vicio que, por cierto, aparecen perfectamente unidos, emparejados.

El final nos llenará de cierto agobio, tal vez por lo inesperado, por lo vivamente dramático. A través de las cortas páginas del relato, ni siquiera nos da por pensar qué habrá sido del pretendido santo, del Niño Anacleto, como si su muerte hubiera sido una nueva posibilidad para el virtuosismo y la clemencia. Sólo la confesión de Lucas Lucatero, a nosotros, al lector, de cómo sucedió el óbito, los móviles de tal evento y el lugar de reposo de su suegro nos pondrían los pelos de punta si no fuera por la sencillez y tranquilidad como se nos cuenta. «Y ahora la Pancha me ayudaba a ponerle otra vez el peso de las piedras, sin sospechar que allí debajo estaba Anacleto y que yo hacía aquello por miedo de que se saliera de su sepultura y viniera de nueva cuenta a darme guerra».

Un hijo bastante pródigo

He aquí la historia de un hijo bastante pródigo, acunado al final por el valor desmedido, aunque obligado, del padre al que abandonó.

Un relato de algunas páginas titulado *No oyes ladrar los perros* es la ocasión que nos da Juan Rulfo para situarnos en medio de la moribundía de Ignacio, alguien que llevó una vida hosca y desapacible y que, en un ajuste de cuenta o algo parecido, termina malherido y es salvado por su padre, quien cargando a hombros con él va recorriendo distancias angostas a fin de lograr llevarle a un reposo seguro en que poder curar sus heridas. Las recriminaciones del padre, mientras avanza lentamente como si fuera «una sola sombra, tambaleante», son una especie de reconvención por el pasado furibundo que debió afectar tanto a los dos protagonistas como a la esposa y madre de los mismos, ya muerta, lo cual no borra el deseo de una pronta mejoría para el herido. Su padre, pese al cansancio, promete: «Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargado desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean». El herido apenas responde, apenas ve el horizonte, apenas oye. La suya

es una historia calcinada. Va resurgiendo un pasado casi tenebroso y dramático, apenas desvelado por el padre, ahora que tan lejos quedan otros minutos y otras situaciones. «Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas». O sea, el clásico cúmulo de reproches, cuando ya sólo es posible inventarse un futuro o bucear en las posibilidades de crear un presente menos infortunado.

En *No oyes ladrar los perros,* Rulfo crea un sugestivo ambiente de violencia caduca, de agonía casi tumultuosa, de soledad oscura y, por ello, compartida. El ambiente es pedregoso y desolado, por lo cual la caminata de los dos hombres, el padre portando al herido, se presenta como más violenta y triste. Casi nada parece posible en ese deambular, casi nada tiene valor, salvo el llegar a un lugar seguro, el descubrir un horizonte con casas y con gente. Atrás ha quedado otro tiempo de cierta convivencia familiar, de cierta tranquilidad hogareña que hoy no parece posible recuperar. «Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso...» El rencor resucitado, el odio después del amor, como si la pobreza infausta fuera, además, capaz de crear tantos desafectos y tantas iniquidades. «Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: "¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!" Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena». He ahí el testamento de deshonor, esa violencia inmensa que puede llegar a crear tal odio en el padre hacia el hijo desalmado, como si la miseria sólo fuera capaz de desunir, en vez de atar, y gracias a cuyas situaciones es posible contemplar esta decadencia, ese hijo herido a lomos de un padre cansado y zigzagueante camino de ningún lugar, ya que el sendero parece conducirles a una simple confrontación entre padre y carga, entre cargador e hijo, como si ningún otro vínculo les hubiera atado antes o fuera capaz de atarles después. «Me acuerdo cuando naciste». Y el padre rememora las hambres y la sed del hijo, que ahora también las siente, tal vez por el dolor o la inconsistencia, al ir cargado gracias a sus heridas a espaldas de su progenitor. Pero ni un lamento, ni una incontestada tragedia asomando a su rostro, si acaso algunas lágrimas. «¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quién darle nuestra lástima". ¿Pero usted, Ignacio?»

Llegan al pueblo al fin los dos hombres, como al final de un túnel, como al principio de una nueva soledad. El padre se libera del cuerpo del herido y ambos comienzan a oír ladrar los perros. Como si la llegada al lugar elegido no fuera más que el inicio de más violencia, de más nocturnidad, tal vez por la historia de desarraigo

que acarrean padre e hijo y que, parece ser, confundida con tanta miseria no podrá siquiera unirles, llevarles a una situación de esperanza, ofrecerles algún afecto posterior.

Un llano demasiado grande

Las reformas agrarias siempre son interesantes. Las suelen hacer los gobiernos revolucionarios o los democratacristianos disfrazados de socialistas. Pero nunca son justas. Por ejemplo, en *Nos han dado la tierra*, un relato corto, Juan Rulfo habla de qué clase de tierra suele darse a quienes nunca han tenido tierra. Es más un figurón, o sea una cuestión de diarios, de sensacionalismos, de parlamentos. Nunca se da una tierra para vivir, un lugar para que crezcan las nuevas generaciones al amparo del agro y de las monedas, sino un lugar seco y aburrido, un llano demasiado grande para poderle convertir en un hogar y un medio de vida. Son cosas de la historia. Sucedió lo mismo en Crimea.

«Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros». Allí está la tierra que el gobierno regala, al otro lado del río, al otro lado de cualquier camino, al otro lado de la vida. No valen las súplicas, las intercesiones. El delegado del gobierno advierte: «—No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos». Se le replica: «—Es que el llano, señor delegado...» El gubernamental concede: «—Son miles y miles de yuntas». Se le argumenta: «—Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua». El poder manifiesta: «—¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí llueva se levantará el maíz como si lo estiraran». Se contraataca: «—Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en ésa como cantera que es la tierra del Llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aun así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada crecerá». Ordena el mandatario: «—Eso manifiéstenlo por escrito. Y ahora váyanse. Es el latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra». El diálogo, casi para besugos, nos recuerda infaustas situaciones de tiempo atrás en esta España rudimentaria, cuando las épocas del Instituto Nacional de Colonización, después Iryda, o las luchas de los jóvenes con el Icona, a quien alguien llamó «fabricante de desiertos», y, desde luego, nos muestra una especial geografía de la miseria y de la iniquidad. Regalar tierra que no sirve para nada no parece que sea una buena acción, como tampoco lo es regalar mares repletos de tiburones para hacerse un palafito. A lo mejor Cárdenas dio mejores tierras a los campesinos, pero lo cierto es que la tierra no es de quien la trabaja sino de quien la posee, y sólo se poseen tierras buenas cuando existe dinero para pagarlas. Las demás son cosas feas y sucias, arenales sin horizontes, rincones sin sol. Así es fácil hacer revoluciones y predicar honestidad. Pero sólo es demagogia barata, humillación impenitente, burla deshonesta. Lo que sucede es que los gobiernos, o sea las personas que llegan a los gobiernos, suelen pensar que los ciudadanos piden demasiado, no se conforman con nada, nos quieren hundir, etcétera. Bonitas son las frases preparadas para los discursos, bonitos los gestos, los trajes, los desfiles, los cantos patrióticos, los rótulos de los ministerios. El pueblo seguirá siendo pueblo (véase la pobreza y

drogadicción en la rascacielosa Nueva York o en la neblinosa Londres, dos ejemplos de prosperidad y democracia). Jo, ¡cómo atacamos! Así es de sencillo todo. Méjico ha sido un país maravilloso, y ha sido el refugio de regímenes corruptos, como lo ha sido Rusia y lo son Paraguay y Chile. De poco sirve negarlo, ni siquiera por afinidad cultural o por estímulos ideológicos. Déspotas han sido Stalin y Trujillo, y el que diga lo contrario es un cerdo.

Mientras suceden esas menudencias, o sea el Kremlin repleto de cubiertos de oro, los campesinos mueren de hambre en la helada Siberia y en yérmica zona del Llano mejicano. «La tierra que nos han dado está allá arriba». O sea encima del río, encima de los caminos, encima de cualquier atisbo de vida. ¿Con qué construir una casa, iniciar una vida? Con nada. El viento, sólo el viento está cerca, para acariciar los lomos deshojados de quienes caminan arrebatados y convulsos. Se les ha ofrecido una tierra y encuentran un pedregal. Se les ha dado una porción grandísima de llano y no ven ni un lugar para cavar una sepultura. Esa es la historia. Siempre, ésa es la historia. La clase media pagando impuestos, la clase alta refugiándose en el propio Estado para no pagar nada (fundaciones, queridas, bonos del Tesoro, etcétera), la clase baja, los pobres, muriéndose en cualquier camino. Sin agua, sin calor.

Dice Rulfo: «Ahora los ladridos de los perros se oyen aquí, junto a nosotros, y es que el viento que viene del pueblo retacha en la barranca y la llena de todos sus ruidos».

Buen conocedor de la miseria, Extremadura al fondo, Juan Quintana me hablaba de Rulfo hace doce años. Hoy no sé dónde está Quintana, pero Rulfo está ahí, o sea con los pobres, con los desheredados, con aquellos a quienes los gobiernos benéficos regalan las tierras que no sirven para nada, ni siquiera para que los yanquis hagan en ellas pruebas de nuevos ingenios, porque están demasiado lejos de Washington, más cerca está Hanoi, pero ya no les dejan entrar.

Historia de otra muerte/¿por qué?

El principio es el fin, dicen los venecianos, y si no lo dicen, podrían decirlo. Bueno, al principio hacíamos alusión a las palabras de Carlos Fuentes en «El País», un periódico de Madrid, para quien no lo sepa. Al hablar de la función de la novela, Fuentes decía que «la voz narrativa contribuye a que seamos sujetos activos y no objetos pasivos de la historia». Es más fácil lo primero, pero los sociólogos pensamos que es preciso, imprescindible, el mantener una actividad activa en cualquier momento de nuestra vida, ya que las vidas individuales no hacen más que configurar una existencia colectiva más amplia, y esta existencia es la que hace posible que la historia se vaya configurando. Lo que sucede es que a veces las cosas suceden de manera diferente a como uno quiere que sucedan; de ahí tantos fracasos, tantos derrumbes, tanta indecisión. Por ejemplo, en el relato *¡Diles que no me maten!,* el escritor Juan Rulfo nos habla de una historia terrible, como son todas las historias que tratan de ese tema, o sea, la historia de una muerte, bueno, de dos, porque el que va a ser matado era, a su vez, matador de otro, que no debería haber muerto, salvo por una cuestión tan imprescindible como es la de poder pervivir en este universo de quimeras, violencias y otras tragedias habitualmente disimuladas. En pleno franquismo, una

locutora decía en la «tele»: «La manifestación de ayer transcurrió sin mayores problemas ni incidencias», y a continuación decía: «Lista de heridos y detenidos en la manifestación de ayer... (tres minutos de nombres y apellidos)».

¡Diles que no me maten! es la historia de una muerte, digo violencia. Violencia por parte de un ganadero que ve cómo su ganado muere de sed mientras que el agua corre cerca, y decide solucionar el asunto de manera sencilla, o sea, dando muerte al ganadero que impide que su ganado beba agua. Violencia por parte del militar que, padre del asesinado, decide tomar su justicia y dar un escarmiento al matador. Total, una historia de malos. Entremedias, como suele decirse en La Mancha, aparece Justino, el padre del matador del padre del militar. El sentenciado pide a su hijo que interceda, pero el hijo piensa que vale más su vida que la de su progenitor, e intercede poquito. Luego, el sentenciado le dice al sentenciador: «Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!» Pero el militar, o coronel, dice que sí, que le maten. Fin.

Una tonta herencia

En el artículo citado, Fuentes decía que «no es necesario ser escritor para tener una opinión política. Todos somos ciudadanos. Y la condición para hacer respetar nuestras ideas es respetar las de los demás». Esto es algo que no se suele llevar, sobre todo si los demás son negros, albañiles o de derechas. Hasta la gente de derechas tiene ideas buenas. Pocas... pero las tiene. (La frase anterior es puro racismo nazi y ultraviolento, perdón.) Lo que sucede es que la pobreza hace las cosas más difíciles, más ingratas. Hay herencias que son bastante tontas, por no decir malvadas. Así, los desheredados del norte de Méjico quieren irse más al norte, a la zona gringa, Tejas y demás, suponiendo que allí está su futuro, su existencia. No suele estar. A lo más, un trabajo de jornalero o de enterrador mal pagado. Esos mejicanos no son ni ciudadanos, poco respetados por sus semejantes, se convierten en carne de cañón cuando desean buscar un lugar bajo el sol de la prosperidad en que limitar tantas calamidades. Es la historia de los chicanos, aquellos mejicanos que llegaban a California, generalmente de forma ilegal y conducidos por «coyotes» (mejicanos que tenían en este tráfico su medio de vida) desaprensivos, donde se les ofrecían los peores trabajos y la peor condición social, en medio de discriminaciones de todo tipo. El movimiento chicano, hoy organizado, está logrando importantes concesiones del gobierno yanqui, pero tiempos atrás ni siquiera su símbolo, la Virgen de Guadalupe, era capaz de dotarles de esperanza, menos aún de una dignidad y un cobijo. Era la herencia de la calamidad, de la miseria, del abandono, que rompió las barreras de su esclavitud el 16 de septiembre de 1965 cuando César Chávez se enfrentó a los Estados Unidos al grito de «¡Huelga!», en lucha contra el mal trato y las condiciones infrahumanas en que los chicanos habían coexistido con sus vecinos yanquis.

Paso del Norte es un relato rulfiano sobre la pobreza. Historia sencillamente humillante: un hijo se queja a su padre de que le haya nacido y le haya dejado en el abandono, le recuerda cuando fue a presentarle a su futura esposa y el desprecio por la elegida, le habla del fracaso de su trabajo («la semana pasada no conseguimos pa

comer y en la antepasada comimos puros quelites») y le notifica que ha decidido irse al Norte a ganar algún dinero. Mientras tanto, le pide que cuide de su familia. Los reproches son mutuos, pero al fin el padre accede: «—¿Y cuándo volverás? Pronto, padre. Nomás arrejunto el dinero y me regreso. Le pagaré el doble de lo que usté haga por ellos. Déles de comer, es todo lo que le encomiendo». Trágico final: la balacera, muerto el compañero, el hijo, vuelve a contar su desgracia. «—Se te fue la Tránsito con un arriero. Diz que era rebuena, ¿verdá? Tus muchachos están acá atrás dormidos. Y tú vete buscando onde pasar la noche, porque tu casa la vendí pa pagarme lo de los gastos. Y todavía me sales debiendo treinta pesos del valor de las escrituras». Como otras veces, el paraíso del Norte no llegó a abrir sus puertas a quien llamaba a ellas con tanto interés. Para más desgracia, toda su existencia quedó arruinada al intentar salir de ella, la familia desbaratada y el hogar perdido.

Reflexiones no faltan ante relatos como éste, tal vez es el mismo desarraigo que aparece en la obra capital de Rulfo, *Pedro Páramo,* o en otros relatos cortos: es el pueblo esquilmado, reducido a dos manos que buscan un trozo de pan y no lo encuentran, es la opresión indiscriminada sobre los desheredados, es la falta de apoyo de sus semejantes ante situaciones de manifiesta desolación, es la ignorancia queriendo saltar las barreras de la pobreza y yendo a estrellarse en los muros trágicos de la desgracia. Pero si nos conmueve esta historia, por su crudeza y por el desamparo en que vemos moverse a su protagonista, no menos dolor nos causa el advertir que esta ficción se convierte a diario en una realidad en el país en que tienen lugar corrupciones como la de Pemex o las que se manejan en el partido del Gobierno, con esa abigarrada pléyade de desharrapados que habitan en la ciudad de Méjico o que ejercen los más bajos menesteres en Acapulco, gentes para las que está negado cualquier horizonte de cierta comodidad, cualquier futuro de confort, en un país de inmensa riqueza petrolera. Si veíamos a un gobierno entregando ese Llano yermo a quienes nada tenían, también vemos a los poderes públicos evitando la huida a tierras de promisión a los decrépitos habitantes de la miseria, pero sin darles nada a cambio, sin proteger su posibilidad de subsistir. El hijo reprocha a su padre: «—Pero usté me nació. Y usté tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre milpas». A lo que el padre replica: «—Ya estabas bien largo cuando te fuiste. ¿O a poco querías que te mantuviera siempre? Sólo las lagartijas buscan la misma covacha hasta cuando mueren. Di que te fue bien y que conociste mujer y que tuviste hijos, otros ni siquiera eso han tenido en su vida, han pasado como las aguas de los ríos, sin comerse ni beberse». Triste lamento el del hijo: «—Ni siquiera me enseñó usted a hacer versos, ya que los sabía. Aunque sea con eso hubiera ganado algo divirtiendo a la gente como usté hace».

Esos derrumbes

Tras tantos años de mesianismos con el fusil en la mano, América del Sur (traguemos con llamarla Iberoamérica, por aquello de la «hermandad» entre Portugal y España), hoy parece que nuevos horizontes cobran luz en aquellas geografías. Goyo Alvárez ha sucumbido ante Sanguinetti; Belisario ha recabado una herencia difícil de

Ayala y congéneres; Siles Zuazo se debate entre la huelga de hambre y el plante ante milicos ariscos; en Paraguay, la cosa sigue; Pinochet se cubre de honores; Alfonsín le echó lo que había que echar a los frondosos, y el tancredismo parece tomar el mando frente a un malufismo que olía demasiado a pólvora en Brasil. Poco a poco, la democracia vuelve a sus orillas. A lo mejor a partir de ahora será posible que los humildes tengan un lugar bajo el sol. Méjico, por lo menos, actúa de mediador entre los grandes enemistados del americanismo, hemisferios norte y sur, o sea, Nicaragua y Estados Unidos, fundamentalmente, con esos antiguos resquemores hacia Cuba y el bastión del estado libre asociado que es Puerto Rico, y que ahora, gracias al amigo Hernández Colón, se aferrará un poquito más a sus herencias hispanas. Todo va camino de una refulgente celebración de ese quinto centenario del Descubrimiento. Esperemos que no haya algún saco roto por donde se vayan los dólares (o sea, demasiadas pesetas) de los presupuestos.

Esperamos que tantos edificios construidos sobre la historia, y hoy sobre la esperanza, no comiencen a derrumbarse algún día. Se nos han ocurrido estas reflexiones después de la lectura del relato de Rulfo titulado *El día del derrumbe,* ver a ese gobernador comiendo a dos carrillos y «limpiándose las manos en los calcetines para no ensuciar la servilleta que sólo le sirvió para espolvorearse de vez en vez los bigotes», así como ese corro de personajes inhábiles, unos atizando la fiesta (¡para una vez que viene el gobernador...!), y otros lamentando el disparate de tanto despilfarro inútil y sin sentido. Ese es el problema de Hispanoamérica. Ahí el caso de los militares brasileños, ofreciendo un futuro de progreso y entregando las armas casi ante una deuda exterior que tardarán muchas generaciones en poder pagar. La fiesta termina mal, como todas las fiestas donde priva el alcohol y el «Asturias, patria querida» en versión local, o sea, a tiro limpio. «Y la gente que estaba allí de mirona echó a correr a la hora de los balazos». Hay geografías abocadas a la violencia institucionalizada, al odio insondable, a la insatisfacción, a la desventura. Sobre ellas no es adecuado edificar nada, todo tiende a derrumbarse, a caer...

Una Virgen escasamente milagrosa

En el relato titulado *Talpa,* un hombre nos cuenta que entre él y su cuñada Natalia llevaron a su hermano hasta el santuario de la Virgen de Talpa. Su hermano Tanilo padece una enfermedad —quizá lepra— que le va dejando «unas llagas así de grandes, que se abrían despacito, muy despacito, para luego dejar salir a borbotones un aire como de cosa echada a perder que a todos nos tenía asustados». El propio enfermo les ha pedido que le conduzcan ante la Virgen, con la esperanza y la fe de que tras el doloroso peregrinaje, sus males podrían cesar. Tenemos aquí otro Lourdes, Fátima, Roma, casi igual de inútil que la costosísima Seguridad Social de España, e igualmente aparatosa. Tanilo, el enfermo, «quería ir a ver a la Virgen de Talpa, para que Ella con su mirada le curase sus llagas. Aunque sabía que Talpa estaba lejos y que tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo; así y todo, quería ir». En las pequeñas aldeas, en los latifundios abandonados del extenso Llano, la gente muere a veces de forma gratuita, tal vez por no haber sido curados

en un principio; mueren igual de un mal catarro que de una enfermedad de la piel. Las autoridades se hinchan a dar discursos en la capital del Estado o de la nación, los latifundistas acuden a la ópera o a cenas de negocio. Mientras tanto, los aparceros van falleciendo poco a poco, algunos ni siquiera tienen la fe de acudir a la cercanía de una presunta Virgen milagrosa, posiblemente porque crean tan poco en una imagen como en un patrón. Pero eso es así. No queda ni un rincón en que vivir al abrigo de alguna felicidad o de algún afecto. En este caso, la esposa y el hermano acceden a los deseos del enfermo y emprenden el viaje. «La idea de ir a Talpa salió de mi hermano Tanilo». Tal vez era el último deseo antes del ajusticiamiento que la enfermedad le tenía previsto. «Desde hacía años que estaba pidiendo que lo llevaran. Desde hacía años. Desde aquel día en que amaneció con unas ampollas moradas repartidas en los brazos y las piernas». A veces sólo queda la esperanza, por ejemplo, para quienes mueren de hambre mientras ven sobre sus cabezas el fulminante ascenso de los cazas americanos (nortea-) o soviéticos, por ejemplo, en Afganistán, Etiopía, Líbano, Marruecos, Cuba, los misquitos de Nicaragua. Queda el recuerdo del terremoto de Managua y la crítica que se le hizo a un tal Somoza en el sentido de que las ayudas internacionales sirvieron para incrementar su patrimonio personal. Tanilo llega junto a la Virgen de Talpa, danza entre los demás peregrinos «la noche entera hasta que sus huesos se aflojaban, pero sin cansarse» y muere poco después. Su esposa y hermano buscan un lugar en qué enterrarle, y regresan apenados por la pérdida y separados, ellos que habían sentido también el mutuo calor, por esa muerte.

Una muerte más

La pobreza engendra violencia. La literatura del «boom» está llena de muertes, anunciadas o no. En *La Cuesta de las Comadres,* Rulfo nos relata otra historia con una muerte, dos muertes. Pero interesa aquí la muerte segunda. Lo confiesa el narrador, casi humildemente: «A Remigio Torrico yo lo maté». Es una muerte casi necesaria, al ver del protagonista, por la insistencia de Remigio en imputarle la muerte de su hermano Odilón. El relato nos deja un poso de cierta angustia, tal vez por la sencillez de ambas muertes y por el desgarro de los sucesos que allí acontecen. A través de la miseria, todo es posible. Así aparece la Cuesta de las Comadres como un lugar donde la rutina y la violencia se hacen permanentes y donde las vidas humanas tienen tan poco valor como las de un animal vagabundo. Cuando ya ha muerto Remigio Torrico, le dice su matador: «Mira, Remigio, me has de dispensar, pero yo no maté a Odilón. Fueron los Alcaraces. Yo andaba por allí cuando él murió, pero me acuerdo bien de que yo no lo maté. Fueron ellos, toda la familia entera de los Alcaraces. Se le dejaron ir encima, y cuando yo me di cuenta, Odilón estaba agonizando. Y, ¿sabes por qué? Comenzando porque Odilón no debía haber ido a Zapotlán. Eso tú lo sabes. Tarde o temprano tenía que pasarle algo en ese pueblo, donde había tantos que se acordaban mucho de él. Y tampoco los Alcaraces lo querían. Ni tú ni yo podemos saber qué fue a hacer él a meterse con ellos». Vidas sencillas, aparentemente sencillas, pero abocadas a una destrucción absurda, como si la tierra propia y el entorno estuvieran sedientas de sangre y se quisieran hacer protagonistas del inmenso drama que supone la muerte

de un semejante, muerte a la que se sa poco valor. «Fue cosa de repente. Yo acababa de comprar mi zarape y ya iba de salida cuando tu hermano le escupió un trago de mezcal en la cara a uno de los Alcaraces. El lo hizo por jugar. Se veía que lo había hecho por divertirse, porque los hizo reír a todos. Pero todos estaban borrachos. Odilón y los Alcaraces todos. Y de pronto se le echaron encima. Sacaron los cuchillos y se le apeñuscaron y lo aporrearon hasta no dejar de Odilón cosa que sirviera. De eso murió». ¿Por qué tan trágico final, finales? El mundo rural permite semejantes hechos. El detalle con que Rulfo lo cuenta nos hace conocer a personajes de una sensibilidad embotada por dramática existencia, vivida entre sarcasmos y silencios insoportables. Allí es donde se hace posible cualquier desgracia, cualquier crimen insensato. «Como ves, yo no fui el que lo mató. Quisiera que te dieras cabal cuenta de que yo no me entrometí para nada».

Lo que puede valer una vaca

«Aquí todo va de mal en peor». Después de la muerte de la tía Jacinta, comienza a llover y, más tarde, «apenas ayer, cuando mi hermana Tacha acababa de cumplir doce años, supimos que la vaca que mi papá le regaló para el día de su santo se la había llevado el río». Dicho así parece que todo son cosas de familia, es decir, cosas sin importancia que se dicen para que los demás las conozcan, pero que se reducen a un ámbito estrecho y ambiguo. Sigamos leyendo y veremos que no es así, que todo es cuestión de miserias y de abandonos vitales.

Este relato de Rulfo se titula *Es que somos muy pobres* y en él se nos cuenta algo al parecer anodino. La historia es que el papá le compró una vaca a Tacha, con sus once-doce añitos «con el fin de que ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja como lo hicieron mis otras dos hermanas las más grandes». Hace unos años, en una película española, una delicada señorita sentenciaba algo así como «o me dejas en paz o me hago "pilingui"», bueno, pues eso es lo que trata de evitar el papá mejicano y para ello compra la vaca «Serpentina» para que su hija la cuide y además porque al tenerla, supone su hermano que «no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita», y luego la vaquita va y se muere. No se le ocurre otra cosa que cruzar el río por el lado malo, o sea, por donde mueren las vacas y los sargentos de policía.

Creemos que éste es uno de los relatos más deliciosos de todo el libro, también el más lamentable. He aquí la pobreza en su más descarnada realidad. Las hermanas mayores se hacen pirujas gracias a la extrema pobreza y se nos dice que la «Serpentina» estaba allí para evitar un nuevo pirujeo. La delicadeza del relato es algo de cierta sublimidad y nos ofrece, además, un humor suave y lleno de aristas. «Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de dónde les vendría a ese par de hijas suyas aquel mal ejemplo». Así como la familia asiste desconsolada a la muerte de la vaca, así es como se ve lo que puede valer una vaca. Pobreza. Cierta ignorancia

premeditada. Es el Llano, el lugar de la peor de las violencias, aquella que permite el hambre y la pobreza inmisericorde. «Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río. Está aquí, a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella». Lo que sucede es que no se mete en la chica, sino que sale de ella y al salir parece labrar su infinita desgracia: va camino de convertirla en piruja, furcia, como ya sucedió antes con sus hermanas. «Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy rebotadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas». Curiosamente, tanta es la pobreza familiar, esas malas cosas sólo puede evitarlas el capitalito que supone la tonta vaca «Serpentina» que le da por cruzar el río por sitio no indicado para vacas ni para sargentos de policía, y, claro, muere la vaca, como hubiera muerto el propio sargento con toda su autoridad. Así es el agro, que se diría ahora. La cuestión no va de abrigos de pieles, «haigas» o inversiones en dólares, todo es más sencillo, una simple vaquita puede proporcionar largo bienestar a una jovencita, su ausencia le puede reportar un lance hacia la calle, hacia la golfería y el pirujismo más desafortunados según se mire. Por su muerte, la de la vaca, la dueña «llora con ganas. De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río, que la hace temblar y sacudirse todita, y, mientras, la creciente sigue subiendo. El sabor a podrido que viene de allá salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba a abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición». Punto.

Al fin, las llamas del Llano

Es una guerra. Como todas, o sea, cruel, absurda, inhabitable. Los hombres persiguiendo a otros hombres tras los matorrales, como quien, ignominiosamente, persigue a un conejo para poder merendar. Así está el asunto, ni la ONU puede con el personal, tal vez porque haya miembros de la ONU con su veto correspondiente que prolonguen, auspicien y propaguen guerra en cualquier lugar del asqueroso universo que nos ha tocado vivir, donde además de impuestos, violencias y torturas, existen las gratuitas guerras que se encargan de acabar con el paro en algunos países para tranquilidad de sus apacibles gobernantes. Como diría un señor con bufandita apellidado Umbral, o sea. Lo que es lamentable es tanta injusticia, no social, sino meramente humana. ¿Por qué enviar a la gente a los campos a que griten por ejemplo: «¡Viva mi general Petronilo Flores!» o, en el otro bando, «¡Viva Pedro Zamora!»? Ya la tenemos, cuate. El Llano ardiendo, no sólo por el calor del sol sino por ese borboteo incesante de las armas y del ataque de los indios fieros. Este relato de Juan Rulfo se titula *El Llano en llamas* y da nombre al libro como segunda parte de *Pedro Páramo,* constituyendo hasta la fecha indicada de su publicación la obra completa del escritor mejicano. Ahí es donde vuelve a entrar Carlos Fuentes, como en las comedias de enredo. En el mencionado artículo de Fuentes también decía que «El carácter social de la novela no puede constreñirse a lo que, celebrándolo, lo impide; la repetición de

moldes que acaso describen la geología de una sociedad, pero no la función dinámica, imprevisible, de la misma». No son moldes. Son dramas, incluso estudiados como parte de la historia necesaria de las jóvenes repúblicas para buscar su propia personalidad y su evolución. Pero ello implica un alto grado de violencia, o sea la sangre esparcida en la patria de todos para lograr un futuro mejor. Tal vez cosas del colonialismo que supiera orientar de mala manera la independencia y la vida privada de las futuras comunidades nacionales, tal vez cuestión de un desamor. Hombres y mujeres muriendo inopinadamente en ese Llano en llamas, cautivo de la dinamita y de los más recientes odios. Es como en cualquier guerra civil, aunque en Hispanoamérica, como deliciosamente se leía en las enciclopedias franquistas, las revueltas campesinas o las insurgencias cristeras (véase *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, en un contexto más preciso) daban lugar a unos héroes más magníficos, casi de cierta mefistofelia, por algún tipo de secuela criminal en su afán de exterminar a los enemigos, presuntos enemigos ya que querían lo mismo por diferentes caminos, de la esquina. Esta esquina seguía siendo la patria de todos, patria derruida por el cañón y el odio, por la pólvora y la crítica exacerbada, por la munición extranjera y la violencia más cruel. En nuestra guerra civil, hermanos combatían contra hermanos, cuestión de edad, y se mataban en el mismo frente, aunque minutos antes hubieran jugado al fútbol en Zarzalejo. Los generales bajitos estaban en Burgos dedicándose a las llamadas guerras de trabajo con chuletas de buey a la «normandie» y vino de la Rioja aún roja. Cosas de la guerra.

Pero, hablando en serio, ¿a qué tanto desamor? Sí, para eliminar el paro y los peatones. Pero no por otros verdaderos motivos. La libertad, repetimos otra vez a Fuentes, es que se respeten nuestras ideas respetando las ideas de los demás, lo cual pocas veces se logra, ni siquiera con gobiernos de izquierda, y menos aún con el actual PRI (Méjico D. F.). Y la cosa en las guerras no está para bromas. El tiro en la espalda suele ser la mejor solución. Así se están ganando muchas guerras últimamente. Y las que se ganarán...

Nada menos que Urbano Gómez, acuérdate

Una familia distinguida, distinguida por su desgracia. Urbano Gómez era hijo de don Urbano. En *Acuérdate* se nos relata la historia de una familia digna de alguna suerte, pero atareada en meterse en todos los problemas de su alrededor hasta conseguir su propia destrucción. Otra vez, la miseria haciendo de las suyas. Por ejemplo, al Urbano mayor también le conocen por «el "Abuelo" por aquello de que su otro hijo, Fidencio Gómez, tenía dos hijas muy juguetonas: una prieta y chaparrita, que por mal nombre le decían la "Arremangada" y la otra que era retealta y que tenía ojos zarcos y que hasta se decía que ni era suya y que por más señas estaba enferma del hipo». Otra buena noticia es la de la madre del Urbano menor, «le decían la "Berenjena", porque siempre andaba metida en líos y de cada lío salía con un muchacho. Se dice que tuvo su dinerito, pero se lo acabó en los entierros, pues todos los hijos se le morían de recién nacidos y siempre les mandaba cantar alabanzas, llevándolos al panteón entre músicas y coros de monaguillos que cantaban "hosannas"

y "glorias", y la canción ésa de "Ahí te mando, Señor, otro angelito". De eso se quedó pobre, porque le resultaba caro cada funeral». Luego está su cuñado Nachito Rivero, «aquel que se volvió manso a los pocos días de casado y que Inés, su mujer, para mantenerse tuvo que poner un puesto de tepache en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas desafinadas en una mandolina que le prestaban en la peluquería de don Refugio». Bueno, a Urbano lo expulsaron de la escuela y su vida tuvo otra lindeza hasta que se cabrea con su cuñado Nachito cuando se le «ocurrió ir a darle una serenata» y le mata. Poco después Urbano es detenido y... «dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran». Parece mentira que las cosas puedan ser de esa manera. Rulfo nos relata un universo de pura desgracia, de esa represión continua que es la vida para quienes viven al amparo de su propia incertidumbre. Una familia ejemplar donde todo es posible, hasta una serenata de muerte y dolor.

Conclusión. Otros textos

Por las páginas de cualquier relato de Juan Rulfo desfila la vida, esa vida a veces ignorada y calenturienta que se adormece en las garras de los peores dramas y de las más absurdas desgracias: la pobreza, el hambre, la incomprensión, esa porción de violencias invertebradas capaces de deshabitar cualquier geografía. Pero si en *Pedro Páramo* asistimos a una incesante búsqueda y nos vemos envueltos en la desventura de todo un pueblo, en las narraciones de *El Llano en llamas* asistimos al fin de toda esperanza, porque cualquier situación conduce a la muerte y a la desunión. De lo real a ciertas situaciones fantásticas, Rulfo nos va conduciendo por las sendas al mundo de los campesinos que él conoció en su infancia en Jalisco, lejos del festivo ambiente de los mariachis estereotipados y folcloristas que ciertos gobiernos mejicanos fabricaron para consumo exterior, mientras que el PAN no cesa de acusar al PRI de fraudes electorales, de corrupción, de amiguismos, de abusos de poder, de violencias institucionalizadas y de represión.

Juan Rulfo, que ha escrito poco, algo más que los relatos aquí comentados, es ya un clásico de nuestro idioma y, a la vez, se identifica con los testimonios de su tiempo haciendo de su profesión de escritor una labor en permanente defensa de los humildes y los sin techo, haciendo ver que el Méjico moderno también sufre de los desequilibrios de otras naciones más pobres y que estados como Coahuila y Jalisco deberían requerir una mejor atención para evitar que los campesinos se desesperen, vean cómo sus hijos mueren de hambre o se sientan agonizar mientras labran incesantemente una tierra que nunca será capaz de dar un maldito fruto. De Juan Rulfo podría decirse aquí y ahora lo que su compatriota Carlos Fuentes decía en el citado artículo: «La vida propia y la vida de todos; no hay aventura narrativa que no sea aventura personal y aventura colectiva: experiencia y destino de uno y de todos». Esa experiencia es la que Rulfo nos ofrece en sus relatos, esa vida propia y esa vida de todos es la que nos hace comprender una parte sustancial de su Méjico malherido y taciturno. Pero, además, nueva cita del artículo de Fuentes, «La novela, dijo una vez Malraux, es la transformación de la experiencia en destino».

El libro comentado por nosotros, páginas atrás, contiene la novela *Pedro Páramo* y algunos relatos más de los referidos, y termina con dos textos rulfianos. *Un pedazo de noche* es la historia de una honestidad en el mundo deshonesto que pueden compaginar una prostituta y un enterrador, dos vidas abocadas a la soledad, con un niño en medio. «Por lo flaco que está, pienso que no ha probado bocado en toda su vida». *La vida no es muy seria en sus cosas* es otro relato de cierta imprevisible violencia. Nada más fácil que el no haber nacido para comprender las vilezas de este paraíso terrenal.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO
Francisco Rey, 2
MIRAFLORES DE LA SIERRA
(Madrid)